EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y EL CIENTÍFICO

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. PEDRO FONT PUIG

EL DÍA 4 DE NOVIEMBRE DE 1945

Y

CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO

DR. D. TOMÁS CARRERAS ARTAU

BARCELONA
Casa Provincial de Caridad : Imprenta-Escuela
1945

EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y EL CIENTÍFICO

EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y EL CIENTÍFICO

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. PEDRO FONT PUIG

EL DÍA 4 DE NOVIEMBRE DE 1945

Y

CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO

DR. D. TOMÁS CARRERAS ARTAU

BARCELONA
Casa Provincial de Caridad : Imprenta-Escuela
1945

SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuantos en lo futuro se dediquen al estudio de la Historia de Cataluña, especialmente a la del período incipiente de la Reconquista y a la de su Derecho, consultarán las obras y todas las publicaciones del Académico Dr. D. Fernando Valls Taberner, a quien, por merced vuestra, señores míos, obtengo el honor de venir a suceder, honor impregnado del dolor de su pérdida, para vosotros, señores Académicos, para todos los devotos de nuestra Historia y para mí, unido a él en íntima amistad y recíproca estimación desde los años escolares.

Su afección por aquel período de la Historia de Cataluña no se ceñía a ésta de un modo exclusivo que desaprovechase las ocasiones propicias para el estudio del mismo período de otras regiones de España: lo cual me fué dado observar en mis años de Profesorado en la Universidad de Murcia, cuando allí, en su primer año de Catedrático, estudiaba las fuentes de la Historia del mismo período de aquel antiguo Reino, y acuciaba a frecuente diálogo sobre dicho período a los cultivadores de la Historia que no escasean en aquella ciudad, dando por fruto la monografía sobre los orígenes de la Murcia cristiana, que constituyó su discurso de apertura de curso de la Universidad aquella en la cual convivimos ambos en plena juventud.

Hombre de archivo y de austera investigación, y a la vez simpatiquísimo y sociable como pocos paisanos nuestros: no era vanidad, sino sociabilidad, que lo llevaba a no rehusar formar parte de juntas directivas o desempeñar presidencias de doctas instituciones y corporaciones como esta Academia: la prueba de que no era vanidad es que en su vida política nunca deseó puesto más alto que un sillón de Diputado en el Palacio de nuestra Diputación Provincial, lleno de recuerdos históricos, junto a su amado Archivo de la Corona de Aragón y a todos estos monumentos del corazón de nuestra ciudad, del cual jamás despegó el suyo.

Consecuente con mi condición de no permitirme relajamiento en la observancia de lo estatutario, he querido en este mi primer acto académico atenerme al artículo 1.° de los Estatutos sobre el objeto general y especial de la Academia; mas introduciendo siempre desconcierto salirse uno de su oficio, y mostrando descomedimiento quien, profano en algo, osa disertar de ello ante maestros, no podía elegir un tema de investigación histórica; y he creído que una y otra exigencia concordarían en éste:

EL CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y EL CIENTÍFICO

La negación de la categoría de ciencia a la Historia

Los sucesivos intendentes del palacio de la Ciencia y los gentileshombres del interior y de rechazo la servidumbre, criaduelos inclusivamente, o bien negaron a la Historia la entrada, o, si la permitieron, la admisión fué con semblante avinagrado o con gesto displicente según la condición de aquéllos.

Las dificultades que oponían los reparones intendentes y gentileshombres de la Ciencia, eran: versar la Historia sobre lo singular y los actos imperados por la voluntad humana y no sobre lo universal y necesario; la imposibilidad en ella de la demostración apodíctica, que tiene que ser substituída por una prueba de la cual se discute si puede llegar alguna vez a la certeza absoluta; la imposibilidad de la experimentación propiamente dicha y aun el hecho de que las experiencias establecidas por el curso de los fenómenos históricos no presentan a la inducción la base que le ofrecen los fenómenos naturales observables como los astrales, por no darse jamás un fenómeno histórico en las mismas de aquellas circunstancias, antecedentes o concomitantes, de las cuales sabemos o podemos sospechar que tienen, respectivamente, influencia causal respecto de aquel fenómeno o conexión necesaria con él; y la consiguiente naturaleza del saber histórico de no ser un saber que lleve anejo un seguro prever.

Aristóteles, en el cap. II del libro I de los *Analíticos Posteriores*, dice que de algo sólo hay ciencia en puridad cuando se conoce la causa, y no puede acontecer que sea de otro modo del que es o pasa: para él «sólo hay ciencia de lo universal y necesario». Todo lo demás que se llama saber, lo califica en el citado lugar de los *Analíticos Posteriores*, de «saber sofístico según accidente»; y así, en el cap. IX de la *Poética*, dispone, a manera de maestro de ceremonias del palacio de la Ciencia, que aun la Poesía debe, por ser a su juicio más filosófica y de

mayor gravedad que la Historia, preceder a ésta en los actos de Corte.

Ocioso sería ponderar cuánto fué el peso de tan máxima autoridad en el decurso de los siglos; y cuando la Filosofía nueva depone a Aristóteles de su privanza, no por ello puede la Historia sentarse satisfecha ni pasearse ufana en los salones de Su Majestad la Ciencia; entonces es Mr. Descartes el valido, y hace gala de no convocarla a consejo ni invitarla, y un algo pullista la zahiere malignamente, sin respeto a su ancianidad, de recurrir a alteraciones y exageraciones para conquistar lectores que si se dejan llevar por ella en pos, paran de indiscretos lectores de Historia en extravagantes paladines de novela (*Discurso del Método*).

Bacon, el copartícipe de Descartes en la poderosa y larga privanza, al clasificar las ramas del conocimiento humano por las funciones psíquicas que ponen en acción, caracteriza y coloca la Historia por la memoria, mientras las dignas según él del nombre de ciencias se decoran con la razón, y las Artes con la fantasía.

La Historia y el conocimiento de lo esencial y universal humano

No debemos los cultivadores de la Ciencia dejarnos livianamente arrastrar por esa corriente que rebaja la jerarquía de la Historia.

El historiador — decía nuestro fray Jerónimo de San José en su *Genio de la Historia* — a los vestigios de los monumentos de la venerable antigüedad, a los indicios de acontecimientos, huesos secos de cuerpos enterrados, ha menester añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas. Dada la formación del ilustre filósofo francés Elie Rabier, no es presumible que éste hubiese leído tales palabras de nuestro carmelita descalzo del siglo XVII; sin embargo, ved cuán singular coincidencia, no ya en la doctrina, sino en la imagen con que se expresa: «la tarea del historiador es semejante a la del anatomista: que por algunos vestigios de una especie fósil procura trazarse el conjunto de su organismo» (*Lógica*, cap. XVII).

Dicen Seignobos y Langlois, en su *Introducción al método histórico*: entra la conjetura en la reconstitución de los pasajes ininteligibles o indudablemente omitidos en una copia, en la distinción entre copias independientes y derivadas, en la apreciación de si varios documentos tienen o no una fuente común; y una vez fijado el documento que cabe considerar como la fuente primera y más pura de que se dispone, entre el documento, punto de partida, y el hecho pasado, punto de llegada,

es preciso pasar por una serie compleja de razonamientos encadenados, reconstituir toda la sarta de causas intermedias entre el hecho y el documento, y reconstituirla en sentido inverso: el documento es una huella psíquica, puramente simbólica; no es el hecho mismo; no es tampoco la acción inmediata del hecho sobre el espíritu del testigo; es sólo un signo convencional de la impresión que en éste produjo el hecho: los documentos no tienen valor por sí mismos, sino como signos de operaciones psíquicas complicadas y difíciles de desovillar, entre las cuales bien puede haber el disimulo o la adulación impulsados por el interés o impuestos por coacción, la deformación del hecho por simpatía o por odio, por vanidad o por agradar al público: dificultades que suelen crecer cuando se trata de meras tradiciones o de tradiciones que tuvieron ya larga vida antes de pasar a escritas.

D'Alembert, en el cap. v de sus *Elementos de Filosofía*, razona con penetración y elegancia sobre «el espíritu de conjetura que sabe discernir en lo verosímil mismo los matices que separan aquello que lo es más, de lo que lo es menos; espíritu más admirable a veces que el de invención, por la sagacidad que supone en quien de él está dotado, por la finura con que hace entrever lo que no puede ser perfectamente conocido, suplir por «a peu près» las determinaciones rigurosas, y substituir cuando es necesario, la probabilidad en el lugar de la demostración con las restricciones de un pirronismo razonable: el arte de conjeturar es, pues — prosigue — una rama de la Lógica tan esencial como el arte de demostrar, y demasiado descuidado en los tratados de Lógica ordinarios; arte de pasar sin demasiada dificultad de la luz del mediodía al crepúsculo».

Mas para que las conjeturas sean, según razonable exigencia de fray Jerónimo de San José, bien trabadas en vigorosos nervios, no se pueden fundar sino en un cabal concepto de la naturaleza humana, de sus propiedades y reacciones naturales, y de los problemas permanentes a lo largo del cambio de nombres, vestuario y escenarios; y esto es conocimiento de lo universal y necesario, conocimiento que se muestra en el verdadero historiador no ciertamente en forma de abstractas y descarnadas definiciones, sino en la enjundia interpretativa, organizadora y revivificante de aquellos huesos secos, vestigios de monumentos, indicios de acontecimientos que dice fray Jerónimo.

Y tanto es así, que cuando este conocimiento de lo universal y permanente falta en quien historia escribe, los restos mutilados del pasado, al ser unidos mediante piezas artificiales fabricadas con la máquina a la mano de una nimia analogía con lo contingente actual, forman una novela de costumbres modernas, que de historia sólo tiene los nombres de personajes y lugares.

La Ciencia y lo singular e individual

Si no se es historiador sin conocimiento de lo universal y permanente, tampoco a su vez la Ciencia renuncia a lo singular e individual; antes bien, lucha el pensar científico contra los límites impuestos por su naturaleza de abstracto, y aunque, como impuestos por su naturaleza, no puede anularlos, los hace retroceder: sobre el remanente sin conceptuar en el concreto, dejado por una primera abstracción, elabora otro concepto, y sobre el remanente dejado entonces elabora otro concepto, y así incesantemente reduciendo cada vez más lo que del concreto no queda elevado al orden de la inteligibilidad. Así, sobre los datos del concreto, algo que vuele por acá, evidentemente no se contenta la Ciencia natural con conceptuar animal, ni insecto, pero ni aun siquiera con conceptuar todos aquellos datos del concreto mediante cuya concepción se elabora lo diferencial que determina la especie, sino que sobre el remanente elabora todavía los conceptos de tal peculiar raza y variedad; y lo que más es, mediante la atención a las correlaciones orgánicas y a la Genética, busca y a menudo encuentra la explicación causal de lo más privativo de aquel ser concreto, progresando hacia su elevación total al orden de lo inteligible. No se satisface la Mecánica con el establecimiento de la teoría general de la elasticidad, sino que mediante coeficientes aspira a fijar cuál sería el alargamiento, la torsión de tal determinado cable, cuál la flexión de tal determinada viga. La Ciencia cada día mejor equipada con la Geometría analítica y las Ecuaciones diferenciales montea y frecuentemente cobra la singularidad de los fenómenos.

Discútese entre los escolásticos sobre el modo del conocimiento intelectual de lo individual, pero se conviene en que a medida que el conocimiento intelectual progresa, va pasando a ser inteligible lo más y más preciso y determinado: ciencia imperfecta, fruto de un acto incompleto que es todavía intermedio entre potencia y acto — dice Santo Tomás —, aquella que conoce sin suficiente distinción y con confusión; perfecta cuando ha llegado a tener noticia propia de cada una de las partes que hay en el objeto, de lo menos común de él (*Suma de Teología*, I, cuest. LXXXV, art. III). Y Schopenhauer, en el comienzo de *La Cuádruple Raíz del Principio de razón suficiente*, pone como ley fundamental del método, al lado de la de la homogeneidad, la de la especificación, según la cual nos vamos dirigiendo más y más hacia lo concreto y lo individual, aunque no lleguemos a ello. Por fin, Bergson, considerando esencialmente abstractos los conceptos, estables puntos de vista que el conocimiento humano toma sobre la realidad inestable y puntos

de apoyo para fijar centros de operación sobre la realidad misma, no por ello desespera de aprehender lo individual, sino que acude a la intuición, por cuyo medio el hombre viene a introducirse a sí mismo simpáticamente en el continuo sensible. Recordemos que cuarenta años ha, en el II Congreso Internacional de Filosofía, de Génova, un escritor poco técnico como filósofo, pero expertísimo en la auscultación de los latidos de nuestra época, Papini, señalaba que a la Filosofía le había llegado el advenimiento «de lo que es diverso, variado, individual, contra lo que es unitario, monista, universal».

La certeza del conocimiento, la inducción y la previsión

En cuanto a la certeza del conocimiento histórico, evidentemente la hay absoluta cuando tratándose de hechos recientes, éstos no sólo nos son atestiguados por testimonio competente y veraz, sino que sobre todo no hay otro medio explicativo de la concordancia de los testigos, independientes entre sí y ajenos a toda sospecha de acuerdo falaz, que la realidad del hecho atestiguado, o los hechos actuales sometidos a nuestra observación inmediata son tales, como no podrían ser si no hubiesen tenido lugar los hechos recientemente atestiguados; y cuando tratándose de hechos remotos, atestiguados con las debidas garantías, sólo mediante la admisión de su realidad se explican hechos indubitados coetáneos de aquellos o posteriores a los mismos. Entonces a las razones que nos llevan a admitir la autoridad de testigos capaces y veraces, se añade un razonamiento inductivo, fundado en el principio de causalidad, razonamiento de la misma naturaleza que el usado en la inducción científica.

También en Anatomía y Fisiología humanas y en Psicología pedagógica y patológica cabe apenas el experimento propiamente dicho: la conciencia moral lo impide. Pero la Naturaleza misma nos presenta en las anomalías materia equivalente a la de una experimentación preparada. No de otra suerte en lo histórico, con la aparición de unas instituciones y con la desaparición de otras, con las crisis; además, como dice Bain, en su *Lógica*, los gobiernos progresivos, con sus innovaciones, tienen por ley hacer sin cesar experiencias.

Y precisamente, por cumplirse en la máxima diversidad de tiempos, de culturas y de otras circunstancias, cobran mayor valor de leyes inducidas las relaciones empíricas de coexistencia o de sucesión comprobadas constantemente en el devenir histórico. Tales la marcha del progreso en línea helicoidal, esquema que armoniza lo que hay de verdad en la formulación del progreso por una recta ascendente y en su concepción según ciclos con ascenso y declinación dentro de cada uno de

ellos; la evolución desde una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente, con la consiguiente diversificación de órganos y especificación y conexión de funciones; la ley de la tesis, antítesis y síntesis, con sus reacciones de intensidad proporcional a las revoluciones y viceversa; los movimientos pendulares y la conjugación, fecunda a la postre, de las dos tendencias opuestas hasta que la índole esencialmente polémica del pensar depare una nueva antítesis a la síntesis anterior, ya convertida en tesis; el decrecimiento de la influencia inmediata del medio físico a medida que avanza una cultura. Lógico tan exigente en materia de elevación de las relaciones empíricas a leyes como el ilustre codificador de la inducción, Stuart Mill, y por otra parte tan acentuado defensor de la influencia decisiva de las grandes personalidades en la aparición y desenvolvimiento de los fenómenos históricos, señala en su *Lógica* el valor de leyes obtenidas por el estudio de diferentes formas y diversos estados de las sociedades, y reatadas por la Sociología general a las leyes primarias de la naturaleza humana por deducciones que muestran que tales son las leyes derivadas que naturalmente uno debía esperar como consecuencia de aquellas leyes primarias: tal considera, por ejemplo, la ley que expresa las condiciones mínimas de estabilidad política: 1.ª, un sistema de educación y de disciplina coercitiva que se oponga a la tendencia natural de la humanidad a la anarquía; 2.ª, que no esté en la condición habitual del cuerpo político ponerlo en cuestión todo sin tener cosa alguna por establecida y sagrada, Dios o los dioses guardadores del Estado, o ciertas personas, o leyes o libertades o costumbres antiguas; 3.ª, la existencia de un principio viviente y activo de cohesión entre los ciudadanos que les haga sentir que no forman sino un solo pueblo. La Historia de la Filosofía nos muestra que no es un mero apriorismo que en cada ciclo de cultura hay una fase filosófico-dogmática que, empezando con el ataque y la defensa racionales del contenido total o parcial de una religión positiva, se va desarrollando en ramificación de sistemas filosóficos; otra fase en que la oposición entre los mismos sistemas y la exacerbación del ansia de fundamentarlo todo racionalmente, lleva al escepticismo; y, por fin, otra en que los pensadores aquejados por el malestar y la desazón producidos por la duda, pero desconfiados ya de la razón, buscan por medios intuitivos y sentimentales hendir la rendija por donde recuperen la luz de la certidumbre. Y en la Historia del Arte, el mismo Cournot, el que argumentó a favor de la eficacia general de las causas particulares en la Historia, dice que en los ciclos artísticos se va siempre de la tosquedad a la ingenuidad, de la ingenuidad a la elegancia, de la elegancia a la afectación; lo simple lleva a lo grande, y lo grande a lo hinchado; poco importa que nombres de artistas

o de escritores eminentes sirvan o no para jalonar estos períodos. «Los progresos y la decadencia del Arte siguen las mismas leyes y obedecen a las mismas causas en los monumentos de Egipto y en las catedrales de la Edad Media como en las producciones de la Grecia antigua y de la Italia moderna.»

Verdad es que el saber histórico no lleva anejo un seguro prever, pero no lo es menos que con arreglo a las susodichas y otras leyes inducidas puede prever en cierta medida, como dice Stuart Mill, mostrando las tendencias que hay que favorecer y las que hay que neutralizar, y, como añade Augusto Comte, los medios de evitar un gasto inútil de fuerzas.

La imposibilidad de prever el detalle concreto se da también no ya en otras ciencias sociales, como la Economía, en las que siempre hay que contar con la influencia de la libertad psíquica del individuo, sino en ciencias naturales como la Meteorología o la Genética, por razón de la complejidad causal: previsiones que puede hacer la Genética respecto de la «Drosophila melanogaster», de solamente cuatro pares de cromosomas, no puede permitírselas todas ni muchas menos respecto de la generación de una pareja humana determinada, por haber en la especie humana veinticuatro pares de cromosomas con muchos genes de efectos acumulativos, muchos con interacción, otros condicionantes e inhibidores; y, sin embargo, esta dificultad y aun imposibilidad, nacida de la complejidad del objeto, no quita a la Meteorología ni a la Genética el carácter de ciencias. En las ciencias médicas muchas llamadas inducciones no son sino argumentaciones analógicas, por la existencia de diferencias desconocidas, y a fortiori de influencia desconocida, entre los casos experimentados y los no experimentados aparentemente iguales; y aun en las ciencias físicas el procedimiento inductivo, si bien rigurosamente probatorio en abstracto, resulta demasiadas veces en su aplicación concreta afectado de cierta inseguridad por la dificultad de saber con certeza si el fenómeno que se considera efecto, va o podrá ir en otra ocasión precedido, además de por aquellos antecedentes que se toman en consideración para la aplicación de los métodos inductivos en busca de la causa, por otros concomitantes de éstos y que tengan eficacia coproductora o inhibiente.

Y si bien en lo histórico interviene el factor de la libertad psíquica, no hay que olvidar que — como dice el autorizadísimo tratadista escolástico P. Tilmannus Pesch — «esta libertad no es totalmente absoluta, sino que los hombres dependen en muchas cosas de condiciones inclinantes, a las cuales aunque siempre pueden resistir, en realidad las más de las veces suelen ceder» (*Lógica*, 1133). Dice Charles Gide, en el comienzo de su *Curso de Economía Política*, que la objeción que se hace contra la existencia de leyes naturales en materia social, de

que muchas cosas van de otra manera que la prevista, sólo prueba nuestra ignorancia, y que hay que pensar más bien en cuántas veces van de otra manera que la querida por sus autores, lo cual prueba que en este mundo actúan causas más fuertes que la libertad de los hombres; y que si bien no cabe predecir lo que hará un individuo determinado, tampoco el hombre de ciencia social aspira a dicente de buenaventura, sino que lo que le interesa prever es la conducta de los hombres considerados en masa, y la estadística muestra la regularidad con que se producen, desde los hechos más importantes de la vida humana como los matrimonios hasta los más insignificantes, como echar cartas al buzón sin franquear, y que el que paga a buen precio una acción de ferrocarriles afirma con ello, quiera o no, su confianza en la regularidad del tráfico, aunque no quepa duda de que toda persona o mercancía que circulará por la línea lo hará porque alguien lo habrá querido. No es necesario compartir el determinismo de Durkheim para admitir y explicarse los hechos estudiados por él en *El suicidio*, de que a cada pueblo le corresponde un contingente de suicidios y de «las corrientes suicidógenas».

El devenir, objeto de la Ciencia

Si separamos mentalmente el orden del ser, de lo permanente, y el del devenir, del acontecer, ¡cómo se acentúan a la luz de la ciencia moderna aquellas palabras del elocuente Massillon en su *Cuaresma*: «Nada queda, todo cambia, todo se gasta, todo se extingue; Dios sólo permanece siempre el mismo»; no hay ser que no sea fase de un devenir o no esté en una fase de un devenir; en evolución está lo orgánico, lo sideral, lo químico: desde el átomo al animal, desde el sol a los cromiolos! Nunca como ahora los hombres de ciencia han comprendido que entre las veintisiete «praerogativae instantiarum» que Bacon enumera en el *Nuevo órgano de las ciencias* tienen singular importancia las «instantiae viae»: «De ordinario — dice — no se consideran las cosas sino una vez hechas y acabadas. Es necesario estudiarlas cuando se hacen... Hay que observar la planta a partir del momento en que el grano acaba de ser sembrado; los huevos desde el momento que comienza la incubación hasta que el ave sale del cascarón, a fin de ver la acción progresiva por la cual el embrión se vivifica y se organiza... Escudriñamientos difíciles para los cuales conviene velar alrededor de la Naturaleza, puesto que ésta se deja ver mejor de noche que de día; y así las pesquisas de este género pueden ser calificadas de nocturnas, habida cuenta de la continuidad de la observación y de la poca luz que la ilumina.» La Embriología y la Psicología de la vida intrauterina

y del niño de pecho responden a esta exigencia, y sin ellas no hay ni Anatomía ni Psicología científicas.

La función señalada por Condorcet a la Historia, «presentar el orden de los cambios», es hoy también la función de toda ciencia que no sea la Teología, la Filosofía y la Matemática.

Ya en el profundo pensamiento que tiene su expresión en el *Rig Vedá* se designan las cosas sensibles y el mundo todo con la palabra «bhúvana», de la raíz verbal «bhū», producirse, engendrarse, acontecer, devenir, raíz hermana de la griega φυ, de donde φύσις, y de la latina «fu», tan fecundas en voces compuestas para designar los diversos seres o aspectos del orden de lo compuesto y de lo perceptible.

Heráclito nos enseña que πάντα ῥεῖ (todo fluye) y que — según dice Platón en el *Cratilo* 402 A — πάντα χωρεῖ καὶ οὐδὲν μένει (todo cede su lugar a otra cosa y nada permanece); ποταμοῖσι τοῖσιν αὐτοῖσιν ἐμβαίνομεν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν, εἶμεν τε καὶ οὐκ εἶμεν (en los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos en los mismos, y aun nosotros somos nosotros y no somos los mismos: río y nosotros nos hemos transformado). Bien pudo Epicarmo de Sicilia chancearse de la doctrina de Heráclito haciendo soltar el chorro de la risotada a los burlones públicos sicilianos que se regodeaban en la parodia, presentando a deudores que se niegan a pagar porque ya son otros que los que en tales se constituyeron, o quienes no pueden aceptar una invitación para el día de mañana porque ya serán otros. Platón en su *Teetetes* muestra su estimación por Epicarmo considerándolo el representante más eminente de la poesía festiva como lo es Homero de la poesía seria. Pero también él como Heráclito, desde las primiciales páginas del *Laques* (198, *d* y *e*) hasta las otoñales del *Timeo*, insiste en que cuanto cae bajo nuestra percepción sensitiva está en devenir y nunca es, deviene y fenece y nunca verdaderamente es, sin que pueda ser aprehendido por el pensar racional (νοήσει μετὰ λόγου), sino únicamente conjeturado por opinión mediante percepción irracional (δόξῃ μετ' αἰσθήσεως ἄλογου δοξαστόν) (*Timeo*, 27 *d*), sin que pueda servir de base a la inducción ni a la manera socrática, sino únicamente de estímulo sugerente de la reminiscencia de una contemplación, en una vida anterior, de las Ideas, cuya teoría forja para salvación del valor de la ciencia. Y en busca de un sentir venerable, más antiguo aun que el de Heráclito, a favor de su doctrina, nos hace observar en el *Cratilo* 401 a 402 *c*, que no sería por casualidad que a los antepasados de los dioses se les pusiera el nombre de corrientes: Rea ('Ρέα) y Cronos; de cuyo matrimonio nacen el soberano Zeus y otros dioses, entre ellos Hestía, nombre que Platón, con aquel su osado etimologizar propio de la traviesa y chiquitina edad de entonces de la Gramática, relaciona con el término filosófico οὐσία, aportando a mayor abun-

damiento la consideración de que en Homero (*Ilíada,* XIV, 201) es llamado también padre de los dioses Océano, el cual en la misma *Ilíada* es considerado como un río que ciñe la tierra, y semejantemente en Hesíodo y en versos atribuídos a Orfeo.

En el mismo corazón de la Edad Media, y aquí entre nosotros, Ramón Lull afirma ya en la *Doctrina pueril* (cap. 77) que «lo moviment en cors natural es roda qui no cessa per manera de generació e corrupció» (el movimiento en cuerpo natural es rueda que no cesa por manera de generación y corrupción); glosa en el cap. 105 del *Libre de Contemplació en Déu* como «totes les coses mundanes se camíen e alterejen» (todas las cosas mundanas se cambian y alteran). «Nos veem — dice el cap. 176 — que los elements no fan altra cosa nit e dia en los individuus composts d'ells sino enjenrar formes e privar formes ... els elements no an poder ni vertut que les formes que enjenren pusquen sostenir en esser, enans se corrompen per lo defalliment qui es en los elements.» (Vemos que los elementos no hacen otra cosa noche y día en los individuos compuestos de ellos sino engendrar formas y privar formas ... los elementos no tienen poder ni virtud para sostener en ser las formas que engendran, antes bien se corrompen por el desfallecimiento que es en los elementos). Hasta tal punto piensa Lull que el movimiento es lo natural que en el cap. 33 del mismo *Libre de Contemplació en Déu* dice que la pereza no viene de la naturaleza, sino que ha de venir de otra cosa, la cual cosa es pecado que ha nacido en uno accidentalmente.

En el siglo XIX, si Hegel pretende deducir lógicamente los procesos históricos, no es sin antes con prioridad sistemática haber considerado la Lógica como el sistema de determinaciones de la Idea según proceso de diferenciación intrínsecamente determinado y la Naturaleza como un proceso de objetivación y exteriorización en distintos momentos del movimiento de la Idea; de suerte que ha podido decir Windelband que la Filosofía de Hegel es esencialmente histórica (*Historia de la Filosofía,* 42).

Comte, de una parte, ve la ordenación lógica de las ciencias determinada por su misma filiación histórica, y de otra, considera que todas las funciones mentales deben explicarse por lo fisiológico y el desenvolvimiento social que lo desarrolla.

Las leyes constituyentes del pensar y lo histórico

Confluyen con los sectores más señalados del positivismo, v. gr., Spencer, el empirio-criticismo de Mach y el llamado «cientismo» al considerar que los principios generales son el resultado de una lenta educación del espíritu a través de la vida de la humanidad, que una teoría ha de ser una sistematización

de la experiencia adquirida, pero guardándose de tomar el momento actual de la evolución por momento final; y a las categorías mismas se las envía por Abel Rey (*La Teoría de la Física*, lib. VI, cap. 2) a solicitar de la Historia una explicación de sí mismas.

Y, por fin, el espíritu crítico de Dilthey, incapaz de contentarse con una fundamentación crítica del valor de la experiencia y de la ciencia que se pare satisfecha en los primeros principios sin ansia de dar razón de ellos, aspira a dar razón de los mismos en la conexión de la conciencia humana íntegra, no meramente cognoscitiva; y desengañado de los métodos apriorísticos, considerados como fracasados en su prometimiento de conceptos siempre y universalmente valederos y estimando que este fracaso tiene su capital raíz en que lo humano varía en el tiempo, cuyo pasado y su recuerdo, además, influyen en la conciencia actual, se siente obligado a acudir a la Historia; en ésta encuentra Dilthey que toda cultura se estructura con arreglo a la misma ley y según los mismos «sectores de sentido», lo cual muestra la existencia de fines vitales, elementos permanentes de la naturaleza humana, que al penetrar a lo largo del desenvolvimiento histórico se objetivan en sectores de cultura y formas de organización; y así es como cree Dilthey que cabe encontrar las irreducibles condiciones de la conciencia humana, ya que sólo así es posible de una parte discernir en los resultados de la reflexión de la conciencia humana sobre sí misma en íntima conexión lo que es condición irreducible de lo que es precipitado temporal, y de otra parte descubrir aquello de lo humano que la sola introspección no descubriría por encontrarse en nuestra conciencia recubierto o velado por el medio actual en que nuestra conciencia se ha formado.

Con ello la Historia, durante tantos siglos Cenicienta en el palacio de la Ciencia, ha recibido — y aun con exceso a veces — de importantes y diversos sectores de la Filosofía moderna el reconocimiento de que sin ella no habría conocimiento de las condiciones irreducibles de la conciencia íntegra y conexa, sin cuyo conocimiento a su vez toda experiencia actual y toda ciencia quedarían infundadas ante el espíritu crítico esencial a la Ciencia misma.

Viniendo a nuestra Patria, recordemos aquellas palabras de Menéndez y Pelayo, leídas en 1908, en la memorable sesión del Ateneo Barcelonés, en que, con motivo del cincuentenario de la restauración de los Juegos Florales, tributaba el venerable maestro — aquí siempre venerado — un recuerdo de gratitud a la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad y a los que en ella fueron sus maestros, don Manuel Milá y Fontanals y don Javier Llorens Barba: «Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar histórico, relativo y condicionado.» Repasando, en efecto, las *Lecciones de Filosofía* del Dr. Llorens,

publicadas por la Facultad, en la «Lógica pura» encontramos (lec. XXVIII) la doctrina de que en muchas ciencias, las económicas, por ejemplo, la deducción abstracta solamente dejará de ser perjudicial si los principios de que se parte son sacados no por vía de abstracción, sino del conocimiento de los Estados y de los pueblos; proclama en la lección XXX lo indispensable del conocimiento histórico, para cuya cabal adquisición no basta una fría maestría investigadora, sino que «no tenemos más medio — dice — que procurar por un tiempo dado vivir vida histórica, es decir, asimilarnos completamente todo lo que nos resta de un período histórico dado, romper con cuanto nos rodea, para quedarnos con aquella forma de vida, si griega, de los griegos; si romana, de los romanos»; en la «Metafísica» (lec. I) considera que la prueba de que sin Metafísica no hay Filosofía es que la Historia nos muestra que todos los filósofos han hecho Metafísica o se han propuesto, con métodos puramente psicológicos, un fin metafísico; «lo que no encontramos — dice — en la Historia de la Filosofía, en vano intentaremos hacerlo pasar por Filosofía»; en la lec. XVI, distingue en la Historia de la Filosofía, comentando a Hamilton, los errores de las variaciones, algunas de las cuales han ido en el camino de la progresiva perfección, y de éstas y de las otras se puede decir que «dependen muchas veces de los puntos de vista que se tomen», de suerte que «aun cuando realmente se suprimiesen las fuentes del error, habría variaciones, habría una serie de proposiciones que expresarían la realidad tomada bajo aspectos diferentes».

Voz de discípulo de Llorens es la de Menéndez y Pelayo cuando en *La Ciencia española*, II, 134-135, dice: «Quien posea el verdadero criterio histórico podrá entusiasmarse con sistemas distintos del suyo, y no los traerá para acomodarlos a sus ideas, sino que los pondrá en el medio en que se desarrollaron, y comprenderá su razón de ser en el mundo.» «No hay cosa más rara en el mundo — dice en sus *Ensayos de crítica filosófica* — que este género de comprensión, el cual en cierto altísimo grado viene a constituir una filosofía, un cierto modo de pensar histórico que los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que, a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. La historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera, como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerarios apriorismos. Exponer con intento polémico una doctrina que ha pasado a la historia y que no nos agita ya con el calor de las pasiones contemporáneas, es procedimiento anticuado y risible. Estudiemos desapasionadamente lo que fué, y cuantas menos anticipaciones llevemos a tal estudio y menos nos preocupemos de

su aplicación inmediata, más luces encontraremos en él para columbrar lo que será o debe ser. Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir, de las rotas entrañas de la historia, el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se encamina a ella, y en todas partes se la encuentra al fin de la jornada.»

Y el Dr. Ortega y Gasset nos dice, en su estudio *La Historia como sistema*: «Se trata de encontrar en la Historia misma su original y autóctona razón. Por eso ha de entenderse en todo su vigor la expresión "razón histórica". No una razón extrahistórica que parece cumplirse en la historia (como la lógica de Hegel o la fisiología de Buckle), sino, literalmente; lo que al hombre le ha pasado, constituyendo la substantiva razón, la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías.»

La analogía entre el pensamiento del Dr. Ortega y Gasset y el de Dilthey es bien conocida; y el Dr. *Laín Entralgo, en su* sugestiva obra *Menéndez Pelayo,* ha señalado, con acentuado reconocimiento de la fundamentación propia y de la mayor elaboración del Dr. Ortega y Gasset, la analogía entre Menéndez Pelayo y éste; pero quizás no ha sido advertida la más curiosa e íntima analogía entre el filósofo Dr. Ortega Gasset y el filósofo que en nuestra Facultad de Filosofía y Letras fué maestro de Menéndez Pelayo, Llorens Barba: toda la doctrina del perspectivismo del Dr. Ortega y Gasset se cifra en la diversidad de aspecto que tiene que ofrecer la realidad según el punto de vista desde la cual se mire, de suerte que la explicación de la diversidad de los puntos de vista explicará las diversidades de aspectos de la realidad; recordemos y repitamos las palabras de Llorens en la lec. XVI de su «Metafísica»: No todas las variaciones en el desenvolvimiento histórico de la Filosofía son errores, sino que muchas «dependen de los puntos de vista que se tomen», de suerte que «aun cuando realmente se suprimiesen las fuentes del error, habría variaciones, habría una serie de proposiciones que expresarían la realidad tomada bajo aspectos diferentes».

El criterio de la influencia causal, común a la Historia y a las otras ciencias

Platón, en el *Fileba*, 30, llama al género de causa, el más bello y excelente, el que a todos los otros preside, y de él llega a decir que alma regia y mente regia están en la naturaleza de Dios por virtud de ser éste causa, pudiéndose afirmar que causa (αἰτία) y mente (νοῦς) pertenecen al mismo género.

En efecto: es mediante el principio de razón suficiente que se encadenan cualesquiera conocimientos hasta adquirir la dignidad noética, la belleza y la excelencia de la Ciencia.

Principio que es razón de conocimiento cuando se manifiesta en el campo de las ciencias más abstractas, como las filosóficas y matemáticas; y que en el campo de las ciencias fenoménicas es propia y estrictamente principio de causalidad.

Todas las ciencias fenoménicas se constituyen en tales mediante la determinación de la influencia causal. Ciencia de lo real es conocimiento de causas: no sin sentido la voz española «cosa» es transcripción de la latina «causa», y en alemán la raíz «Wirk» significa igualmente realidad y eficacia, eficiencia.

Y esto no solamente en las ciencias que como las físicas y la Biología estudian relaciones entre fenómenos prescindiendo de los seres en que se presentan, ciencias cuya función esencial constituyente es la inducción, siendo dentro de ésta la fase capital la de encontrar entre la pluralidad de fenómenos inmediatamente anteriores al que se estudia, cuál o cuáles han tenido influencia causal en éste, considerando los demás concomitantes como si no fueran a los efectos del fenómeno estudiado, sino también en las ciencias que estudian seres concretos, tales como la Naturaleza nos los presenta, v. g., la Zoología, la Botánica, la Mineralogía, en su aspecto de «Historia natural» o descriptivo.

Las funciones metódicas en estas últimas ciencias no parecen a primera vista ser la determinación de la influencia causal, sino la definición y la clasificación. Pero la clasificación natural o científica se funda — y con arreglo a tal fundamento se ha procedido históricamente por los naturalistas desde que precisamente en el año de la Revolución Francesa Antoine Laurent de Jussieu sentó el verdadero principio de la clasificación natural — en la subordinación de caracteres. Mas la determinación del orden jerárquico entre los caracteres es obra de la función definidora, la cual es determinación de influencia causal. Los tratados de Lógica que se limitan a decir que la definición ha de incluir lo esencial de lo definido, sintetizado y ordenado según género próximo y diferencia última, dicen verdad, pero

escasa en luz guiadora para la ímproba tarea definitoria de seres reales sensibles. Porque lo difícil es distinguir en la pluralidad de caracteres de estos lo esencial de lo accidental; y luego distinguir, dentro de lo esencial, lo genérico de lo específico. Y ¿cómo se distingue en la pluralidad de caracteres de un ser real sensible lo esencial de lo accidental? Por el criterio de la influencia: carácter accidental es el que puede variar independiente y solitariamente; carácter esencial es aquel que al darse o dejar de darse en un ser lleva consigo que se den también en el primer caso y falten en el segundo caso todos, o una parte notable cuando menos, de otros caracteres; y del mismo modo que en las ciencias que, como las físicas y la Biología, estudian relaciones entre fenómenos prescindiendo de los seres en que se presentan, se determina que no es causa de un fenómeno un antecedente que puede no darse cuando aquel fenómeno se da, ni un antecedente que puede darse sin que el fenómeno se dé; así en las ciencias descriptivas, al elaborar definiciones, se determina que no es esencial en un ser un carácter que puede no darse en este ser, o que no está ligado por una ley de coexistencia con el conjunto de caracteres de un ser un carácter que puede darse sin que se dé este conjunto. Una vez deslindado lo esencial, también por el criterio de la influencia establecemos la ordenación en género próximo y diferencia última: la comprehensión del género próximo estará constituída por el carácter que ejerce una influencia disyuntiva sobre los otros caracteres esenciales en el sentido de que al darse aquel carácter, necesariamente se dé uno de aquellos otros, y al no darse aquél, no se dé ninguno de los otros.

Queda probado, pues, que en todas las ciencias, aun en las que menos lo parece al pronto, la determinación de la influencia causal es el nervio constituyente.

Y ¿cuál otro lo es de la Historia?

En la enorme multitud de hechos acaecidos y de que se conserva memoria, innumerables e incontables en su conjunto, la Historia discierne y elige unos como objeto suyo, y relega los demás a la anécdota. ¿Con qué criterio? Con el de la importancia en el sentido de influencia apreciable[1] en el devenir posterior o en hechos simultáneos que en el devenir posterior influyeran según el nexo causal entre unos y otros. No es la Historia exposición de los hechos importantes según orden meramente temporal: la Historia del Arte no es, por ejemplo,

1. Toda acción humana, «aun la más insignificante del hombre más insignificante», ejerce su influencia — dice don Alejandro Díez Blanco, en su monografía *La Psicología social* («Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla San Martín», Madrid, 1930), para probar que la Historia tiene por objeto todas las acciones humanas —; pero es indudable que hay acciones cuya influencia en el devenir humano no nos es dado apreciar.

exponer un estilo artístico, y luego el que le siguió, y así sucesivamente; la misión de la Historia de la Filosofía no es la exposición de la doctrina de un filósofo y, luego, de los que vienen después de él: no se trata de mera contigüidad en el sentido de sucesión inmediata; sino de continuidad, de mostrar la filiación o el parentesco entre unos y otros estilos, entre unas y otras doctrinas; de buscar en los procesos de sucesión la continuidad, la misma ley constituyente del pensar científico, y señalarla. Pero aun los historiadores que se limitan a exponer hechos según orden sucesivo, se sirven necesariamente, para incluir unos en su narración y omitir otros, del criterio de la importancia en el sentido explicado; con lo cual elaboran su composición con la mente regida por la categoría de la causalidad, eje del pensamiento científico.

Cultivador de los estudios filosóficos, me he complacido en rendir a la Historia este tributo de justicia; irradíe con cálida vibración de gratitud sobre los cultivadores de ella que unánimemente y sin ser a petición de parte, se han dignado otorgarme el honor de quererme por compañero en esta venerable y gloriosa Real Academia.

CONTESTACIÓN

POR EL ACADÉMICO

DR. D. TOMÁS CARRERAS ARTAU

SEÑORES ACADÉMICOS:

Era a fines de septiembre de 1912. Quien ahora os dirige la palabra, entonces novel Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad de Barcelona, actuaba de secretario del Tribunal de oposiciones al premio extraordinario de la Sección de Filosofía. El único aspirante era un joven, desconocido para mí, que me impresionó gratamente, no sólo por la enjundia del trabajo escrito y leído públicamente, sino también por su porte personal y las maneras de producirse: dominio del tema, exposición clara, correcta y atildada, tendencia hacia lo sentencioso en ameno contraste con exornaciones literarias y algún dejo sentimental, lectura entonada y una prematura gravedad en la persona. Si rememoro ahora esas cualidades, que quedaron grabadas en mi mente, es porque las he visto perseverar, como fundamentales, a lo largo de la brillante carrera de aquel joven universitario, obtentor *nemine discrepante* del premio extraordinario, y que no era otro que Don Pedro Font Puig, a quien hoy, en nombre de esta Real Academia, me cabe el honor de contestar.

Nació don Pedro Font Puig en Barcelona, en 24 de diciembre de 1888. Cursó brillantemente las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, y el Doctorado en una y otra en Madrid. Fué profesor auxiliar de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, desde el 4 de marzo de 1914 hasta febrero de 1916, en que, tras reñidas oposiciones, obtuvo la Cátedra de Lógica fundamental en la Universidad de Murcia. Desempeñó en esta Universidad el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras; dió numerosas conferencias en los centros de cultura de la región murciana y organizó cursos y cursillos de extensión universitaria. Formó parte del Comité Directivo y de redacción de las revistas murcianas *Orópeda* y *Polytechnicum*, en las que colaboraban prestigiosas personalidades españolas. Los hondos afectos de estimación y gratitud de la región murciana al doctor Font Puig se han manifestado luego llamándole, siendo ya Catedrático de Bar-

celona, para hacer el discurso inaugural de curso en la Academia de Bellas Artes y para dar un cursillo en aquella Universidad.

Catedrático de Psicología Superior de la Facultad de Filosofía y Letras, de Barcelona, desde el 16 de enero de 1924, ha contribuído con todas sus fuerzas a la formación del alumnado de la Sección de Filosofía, siendo sus clases frecuentemente concurridas, no sólo de los alumnos, sino de graduados y alumnos de otras Facultades, especialmente de Medicina, y de otras personas doctas. En la labor de seminario ha dirigido estudios de investigación sobre la capacidad para los estudios abstractos, los fenómenos de asociación y volitivos, etc. Ha profesado cursillos especiales de Psicología en el Instituto Psicotécnico, etc.

En 17 de julio de 1929 fué nombrado, mediante concurso-oposición, Profesor de Psicología del Niño de la Escuela Superior para la Mujer, de la Diputación Provincial; y ha profesado, además, cursillos de esta especialidad en instituciones pedagógicas y al servicio del Tribunal Tutelar de Menores.

Ha desempeñado, por acumulación, en la Facultad, las Cátedras de Estética, asistiendo voluntariamente a ellas muchos alumnos de otras secciones, en especial de la de Filología moderna, y ha desempeñado, también por acumulación, la Cátedra de Cosmología en la Facultad. Durante el período desde agosto de 1936 a fines de 1938, el doctor Font Puig se había dedicado de una manera especial al estudio de las ciencias matemáticas, físicoquímicas y naturales, llevado de su natural afán de saber, cuando ni siquiera podía sospechar la acumulación de aquella enseñanza.

Ha hecho estudios especiales de Filosofía india, para lo cual se preparó con el aprendizaje del sánscrito.

Además de su labor en las revistas murcianas antes citadas y en otras, ha publicado en la *Zeitschrift für Individual Psychologie*, en la *Revista de Psicologia i Pedagogia*, en la *Revista de Filosofía*; en la *Revista de Ideas Estéticas* y la *Revista Internacional de Sociología*. Los Directores de la revista *Hispania*, Bonilla San Martín y Ricardo León, lo incluyeron entre sus colaboradores. Fué también colaborador de *La Revista Quincenal*.

En 1.° de marzo de 1929 el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de la República Francesa lo nombró «Oficial de Instrucción Pública» (Palmas académicas de oro).

Es Profesor de Problemas de Sociología en la Escuela Social.

Dos actividades intelectuales han dado singular popularidad al doctor Font Puig: el periodismo, ejercido desde las páginas del *Diario de Barcelona*, con una función de magisterio y dignidad de forma, y la oratoria en forma de conferencia. El doctor Font Puig es uno de nuestros primeros y más solicitados confe-

renciantes. En sus conferencias se juntan felizmente la precisión con la oratoria como arte bella, con una cierta propensión a lo grandilocuente.

Extremadamente correcto, respetuoso, afable y servicial con todo el mundo, se comprende que nuestro recipiendario sea muy querido por sus comprofesores, alumnos y antiguos discípulos.

He ahí la lista de obras y monografías de nuestro recipiendario:

Psicológicas: *Prolegómenos a la Lógica incluyendo «Prenociones Psicológicas* (1.ª ed. en 1916 - 2.ª ed. en 1933). — *El mecanicisme respecte de la vida i de la sensibilitat enfront d'altres doctrines* (1934). — *Experiencias con tests sobre la capacidad para la ciencia abstracta* (1942). — *Irreducibilidad de la actividad mental a la sensitiva* (1940). — *Programa de Psicología empírica* (1943). — *Programa de Psicología filosófica* (1943).

Lógicas: *Dialéctica normativa* (1920). — *El supremo criterio de verdad: la evidencia* (1.ª ed. 1918 - 2.ª ed. 1922). — *Programa de Lógica* (1943).

Estéticas: *Sobre los términos que en distintas lenguas significan belleza. Conexiones de ideas* (1945). — *El sentimiento de comunión desinteresada con el no yo como fuente de placer estético* (1926). — *La belleza de la Ciencia* (1921). — *La belleza de la Lógica* (1917). — *Los valores estéticos y la virtud artística en la ciudad española quietadora* (1925). — *Resumen de un cursillo de Estética* (1945).

Cosmológicas: *Balmes y las ideas científicas del siglo XX* (1943). — *Programa de Cosmología* (1943).

De filosofía india: *La filosofía india* (1933). — *La doctrina social del brahmanismo. Aspecto social del budismo* (1942).

Ciencia social: *Las concepciones políticas fundamentales de los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los siete primeros siglos del Cristianismo* (1916). — *El Ateneo Igualadino y la idea del orden* (1929). — *Filosofía, Sociología, Economía* (1940). — *La Sociología, además de Ciencia fenoménica, ¿es también ciencia normativa?* (1944). — *El predominio del espíritu, el Pontificado y España* (1944). — *La Virgen María, el Pontificado y el Pueblo* (1945). — *Historia del pensamiento español* (1944).

(También pertenece a este grupo la monografía *Doctrina social del brahmanismo. Aspecto social del budismo,* antes citado.)

Historia de la Filosofía: *Ramón Lull: polarización y unificación* (1931). — *Santo Tomás dechado para los hombres de ciencia y de cátedra, especialmente para los españoles* (1942). — *San Isidoro de Sevilla, como Patrono de las Facultades españolas de Filosofía y Letras* (1945).

(También pertenecen a este grupo los estudios sobre *Filo-*

sofía india, Santos Padres, Historia del pensamiento español, Balmes, etc., antes citados.)

Pedagógica: *El libro como medio de elevación del hombre y en particular de la juventud hacia los valores del espíritu* (1943).

Literarias: *Discurso en la sesión necrológica dedicada a la Reina Madre Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena* (1929). *Armas y Letras* (1929).

Traducciones: *Oráculos de Zoroastro,* trad. de *Oracula Zoroastri,* de Patrizzi (1926). — Cicerón: *De la Vejez y de la Amistad,* con introducción, comparación entre ediciones y notas (1.ª ed. 1936 - 2.ª ed. 1944).

Una muestra elocuente de la amplitud de conocimientos del doctor Font Puig es el magnífico discurso que acabáis de oír, y en el cual se ha propuesto liberar a la Historia de su condición de Cenicienta en el palacio de la Ciencia. Con una imponente alegación de citas de científicos y filósofos y con una serie de razonamientos sagaces y a veces ingeniosos, ha intentado acortar la distancia secular entre la Ciencia y la Historia, según el modo con que han sido entendidas y cultivadas una y otra disciplinas, estudiando detenidamente las condiciones de elaboración y la garantía de certeza del conocimiento histórico comparado con el conocimiento científico.

La Historia, en efecto, es hoy tratada como una ciencia, y, por otro lado, ha tomado carta de naturaleza, dentro de la enciclopedia del saber humano, la denominación de «ciencias históricas». Sin embargo, no se ha llegado a este resultado sino después de un largo y doble proceso, que afecta tanto a la Historia como a la Ciencia.

Cuanto a la Historia, no he de reseñar las diversas y sucesivas maneras de concebirla en relación con el asunto asignado a la misma: desde una concepción meramente epidérmica de la Historia, cuyo asunto eran las guerras, las revoluciones y la sucesión de los reinados, esto es, lo accidental y pasajero, pasando por la historia de las instituciones de cada pueblo, reveladoras del carácter de cada uno de ellos, es decir, lo más estable, hasta las concepciones más recientes de Historia de la Civilización, y sobre todo de la Historia de la Cultura, en la cual el protagonista es el hombre, pero no el hombre individual, sino el hombre genérico y total, es decir, el hombre perdurable. Notemos que los más grandes y profundos historiadores de nuestro tiempo se afanan por reconstruir el espíritu de una civilización o de cada pueblo a lo largo de su historia o en un momento dado; ese espíritu general ante el cual lo singular y lo individual — que para Aristóteles no constituye ciencia — queda relegado a segundo término.

Por otra parte, la introducción de la idea del devenir o de la evolución en el campo de la Ciencia— certeramente adver-

tida por el doctor Font Puig — ha ampliado los horizontes, y la ambición del cultivo científico, el cual traspasa a veces sus fronteras legítimas, ha rematado en Historia. Son legión los científicos de profesión que, en el transcurso del siglo XIX, acaban siendo historiadores, digámoslo sin rebozo, malos historiadores. Tal vez el caso más típico nos lo ofrece Augusto Comte, uno de los padres del cientismo moderno, autor de una nueva clasificación de las ciencias, coronada por una nueva ciencia, la Sociología. La ciencia sociológica comtiana, después de una primera parte, la Estática social o teoría del orden, se complementa con la Dinámica social o teoría del progreso, subtitulada «Filosofía de la Historia», en la cual el fundador del Positivismo ha puesto su máximo esfuerzo e ilusión. El propósito de Comte es presentar, con todo rigor científico, un cuadro de la «evolución progresiva de la Humanidad», que no se detiene hasta *predecir* el futuro social, todo lo cual, según se ha advertido, no es más que un intento de historia de la cultura occidental. Y nada quiero decir del llamado movimiento crítico de las ciencias, el cual, rebajando el valor de la ciencia, ha proclamado la contingencia de las leyes de la Naturaleza y reducido las leyes científicas, consideradas hasta hoy como leyes permanentes e infalibles, poco menos que a leyes históricas.

Un examen somero del asunto podría inducirnos a creer que los extremos se tocan, puesto que Cientismo e Historicismo, según acabamos de ver, se nos presentan como dos actitudes inseparables. Ello, no obstante, el problema es mucho más arduo y complejo. Ciencia e Historia son disciplinas diferentes, porque cada una tiene su dominio bien delimitado y sus leyes propias. El devenir histórico, el proceso de la «Historia Universal», según la locución de Hegel, no se desenvuelve de una manera caótica y arbitraria, sino con arreglo a ciertas *constantes*, a las que no hay inconveniente en denominar leyes, aunque no sean precisamente leyes naturales. Esta regularidad del acontecer histórico asegura a la Historia la categoría de ciencia. Pero hay que distinguir entre ciencias de la Naturaleza y ciencias del espíritu. A la Naturaleza, en parte pasiva, se le interroga, y el hombre de ciencia le arranca penosamente sus secretos, los cuales, una vez descubiertos, se traducen en conquistas definitivas del saber dentro del dominio previamente fijado. Como decía Claude Bernard, la Ciencia descansa sobre el supuesto del determinismo de los fenómenos, esto es, que puestas todas las condiciones necesarias por el observador o el experimentador, no puede fallar en ningún caso el resultado apetecido. De ahí una nota característica del conocimiento científico: la previsión, la certeza infalible de lo futuro. El hombre de ciencia *predice*, con plena seguridad, los casos futuros de sus leyes bien establecidas.

Otra cosa ocurre con el conocimiento histórico. El historiador opera sobre el mundo de la cultura, que es obra de la libre creación espiritual. Por eso las leyes históricas son, en cierto modo, secundarias, relativas y sujetas a revisión. Eso explica, también, que los filósofos de la Historia, aun coincidiendo en algo fundamental, no se hayan puesto de acuerdo todavía al señalar el número y la clase de las leyes históricas, las cuales son tentativas para encerrar en una fórmula constante el ritmo en la sucesión histórica. El historiador genial a lo más *adivina, profetiza*, y no pocas veces se equivoca. Ningún historiador puede anunciar, en líneas precisas y detalladas, el futuro con la plena seguridad con que el astrónomo predice un eclipse o la aparición de un cometa. Dejando de lado el caso extraordinario de los Profetas, inspirados directamente por Dios, a los espíritus — excéntricos o humoristas — que se han lanzado a aquella temeraria empresa de describir el porvenir, se les conoce con el nombre de soñadores, utopistas y visionarios. La Historia se repite, ciertamente, pero nunca de la misma manera, porque dentro de la complicadísima trama histórica, inaccesible al ojo humano más despierto, hay que contar siempre con un factor: lo imprevisible. Es que en el curso de la Historia, aparte de una serie de concausas de orden material, colaboran fundamentalmente en una medida y proporción imposibles de precisar, el hombre, dotado de libertad y la acción de la Providencia divina, la cual ha reservado exclusivamente para sí el conocimiento de las leyes permanentes, primarias o si se quiere esenciales de la Historia. El desconocimiento de estas leyes divinas por parte del hombre es lo que se llama los «arcanos de la Divina Providencia»: acatarlos, mediante un sincero *ignoramus, ignorabimus*, es tener conciencia de nuestra limitación natural, y constituye, de otro lado, un acto de humildad que enaltece al sabio auténtico, llámese científico, filósofo o historiador.

Sirvan estas consideraciones de comentario, no ciertamente el merecido, al enjundioso discurso con que nos ha deleitado el señor Font Puig, a quien me honro en darle la más cordial bienvenida en nombre de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, la cual se enorgullece de contar desde hoy en su seno a un nuevo académico, que es a la vez un hombre ilustre y un hombre bueno.

He dicho.